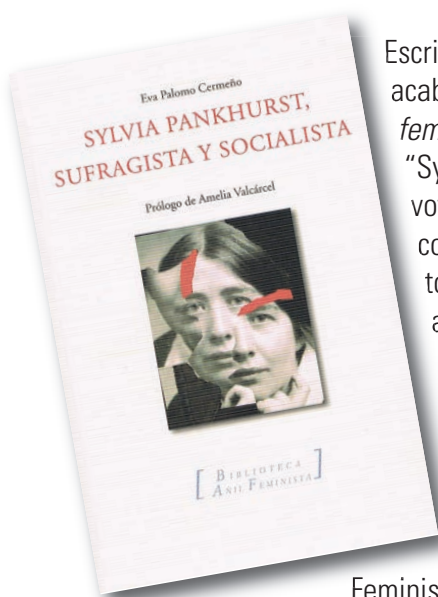




Eva Palomo, autora de “Sylvia Pankhurst, feminista y socialista”

“EL SISTEMA PATRIARCAL ES EL MÁS DIFÍCIL DE CAMBIAR”



Escritora e investigadora, Eva Palomo (Glasgow, 1963) acaba de publicar la obra titulada *Sylvia Pankhurst, feminista y socialista* (Almud Ediciones, 2015).

“Sylvia Pankhurst fue una sufragista que luchó por el voto de las mujeres en la Inglaterra del siglo XIX y comienzos del XX. Una mujer coherente que luchó toda su vida por la utopía”, explica la autora y añade: “Desde el tiempo de Sylvia Pankhurst hemos avanzado en la igualdad formal: vamos a la Universidad, trabajamos, votamos, pero queda mucho por conquistar en la igualdad real”. La reciente presentación de su obra, en el marco del Curso de Historia da Teoría Feminista, que organiza el Centro de Estudios de Xénero e

Feminismo (CEXEF), de la Universidad de A Coruña,

coincide con la presencia en la cartelera de cine de la película *Sufragistas*, que recrea el momento y la lucha de Pankhurst y sus seguidoras.

Por Juana Vera (Santiago de Compostela)

Por que decidió escribir un libro sobre Sylvia Pankhurst?

—Investigué el sufragismo durante varios años. Me interesaban mucho las mujeres feministas del siglo XIX. Hay mujeres interesantísimas. Sylvia Pankhurst me llamó la atención porque fue una persona que aunó muchos registros. Comenzó siendo artista, fue periodista, poeta, militante del sufragismo, del socialismo, del comunismo, pacifista. Abrazó muchas causas antes de que la mayoría de la gente lo hiciera. Por ello fue vanguardista. También fue muy coherente en su vida personal y en su vida política. Hoy, hablar de grandes rela-

tos, de épicas y de utopías se considera pasado de moda. Sylvia Pankhurst fue una persona que luchó toda su vida por la utopía. Es necesario recordar esto y también de dónde venimos.

—La madre de Sylvia Pankhurst, aunque también era feminista, dejó de hablar a Sylvia cuando ésta decidió tener a su hijo sin casarse.

—La familia Pankhurst es interesante porque en ella se reflejan las tensiones y las luchas de la sociedad de la época. El padre, la madre, tres hijas y también uno de los hijos, aunque falleció muy joven, eran sufragistas. Entre ellos había distintas maneras de entender la causa, la estrategia y la táctica para conseguir la igualdad. La madre era

más conservadora que Sylvia. Cuando Sylvia se va a vivir a un barrio de gente trabajadora en Londres, la madre no lo comprende. Así mismo, Sylvia luchó por el derecho a la maternidad sin tener que pasar por el matrimonio, si éste no se deseaba, algo muy actual. El libro tiene una parte dedicada a la biografía política de Sylvia Pankhurst y a la de su familia, y otra dedicada al análisis de las ideas. Ha habido encuentros y desencuentros entre el feminismo y el socialismo, y entre el feminismo y el marxismo. Tanto el feminismo como los dos movimientos políticos mencionados son emancipatorios, pero no han ido siempre de la mano. Yo, por ejemplo, soy feminista y estoy comprometida con causas de la izquierda, pero a veces no me resulta fácil compaginar las dos cosas.

—¿Por que?

—Las mujeres que son feministas y que militan en partidos políticos tienen dificultades para que sus compañeros de partido admitan sus reivindicaciones y las hagan suyas. Estas mujeres, como consecuencia, siempre han tendido a la doble militancia. Es decir, a estar en el movimiento feminista y también en algún partido o en algún colectivo. Esto también pasaba hace cien años, cuando Sylvia Pankhurst y sus compañeras luchaban por el voto de las mujeres.

—¿De dónde procede esta dificultad?

—Uno no necesita vivir unas realidades determinadas para empatizar con ellas. Pero esto, que parece tan sencillo, es problemático en el tema de género. Teóricamente se asume, al menos la izquierda, que es lo que he estudiado, pero en la práctica política se torna en un problema menor y siempre se dice al respecto: no es el momento. En la época de Sylvia Pankhurst, por ejemplo, las mujeres no consiguieron que los sindicatos y los partidos de izquierda hicieran suya la reivindicación igual salario para mujeres y para los hombres. El sistema patriarcal, como dijo Kate Millet, es el sistema de dominación más longevo, más universal y más difícil de cambiar. Es más fácil derrumbar un gobierno que cambiar el sistema patriarcal que existe en sociedades capitalistas, socialistas, desarrolladas, en vías de desarrollo, primitivas, feudales, etcétera. Hay grandes, desde luego. Nosotras tenemos suerte de haber nacido en Europa.

—¿Cómo explica usted el hecho de que un gran parte de los hombres, cuando una mujer se presenta y dice, por ejemplo, soy abogada o soy periodista, dicen: “abogaaa-daaa, periodiiiistaa”, hecho que, según se explica en textos sobre micromachismo, suele suceder cuando se hallan en grupo, por ejemplo, cuando se tapea, en cenas, en comidas, también en comidas familiares y en otras situaciones. O el hecho de que a una mujer que vive sola, le digan: “Usted vive sola”, sin preguntarle?

—El problema que hay hoy es un problema que no tiene nombre. Es una forma de discriminación muy sutil. En el tiempo de las sufragistas no podías votar, no podías ir a la

Universidad, no podías ejercer una profesión que te otorgara autonomía económica. Hemos avanzado en este sentido, es decir, en la igualdad formal, pero la igualdad real no es aceptada por parte de la sociedad. Todas las formas de relacionarnos, toda la producción cultural favorece la forma de comunicación que usted comenta. Lo que se hace con esa forma de comunicación es banalizar a la mujer. Reírse de su profesión.

“La discriminación que se hace ahora es muy sutil”



Hacer una caricatura de sus intereses. De su forma de estar en el mundo para que sienta que no entra. Es como si hubiera un pacto invisible-inexistente entre varones, un pacto interclasista, intercultural, que se da en hombres cultos y en hombres incultos. El hecho de afirmar: “Usted vive sola” sin preguntar siquiera, implica que el que lo hace piensa que la mujer que vive sola debería estar casada, que no está en su lugar. Es una crítica. Se nos deja participar en una serie de aspectos en el espacio público, espacio que hemos conquistado, que no se nos ha regalado, pero se nos dice, sin decir, a través de comportamientos cotidianos y de formas de comunicar cotidianas: podéis estar, pero hasta aquí. Esas complicidades entre ellos nos hacen de menos, nos excluyen.

—Se excluyen a sí mismos al ignorar una parte de la sociedad, al no escucharla, al no verla.

—La ven a usted como cuerpo pero no como ser humano completo. Ellos pueden ser todo. Pero nosotras somos cuerpo. Para la casa, para la procreación, para la prostitución.

—¿No tienen, quizá, capacidad para relacionarse de otro modo?

—Viene esto de tan lejos que es difícil de desmontar. Se reproduce económica y culturalmente. El cine lo reproduce. Hay pocas revistas que enseñen a los hombres a complacernos pero lo contrario está en todas. Para qué enseñarlos, si nosotras para ellos estamos para complacerlos. Ya lo dijo Rousseau, filósofo reconocido. Desde la Ilustración estamos excluidas del pacto de igualdad y de ciudadanía. Tras la Revolución Francesa se rompe con el Antiguo Régimen y se crea una sociedad de iguales, pero las mujeres quedamos excluidas de ese pacto de iguales. Luego viene el sufragismo y se retoma esa exclusión.

—¿Dónde nos hallamos en España en este sentido?

—En la esfera privada sigue habiendo un desequilibrio. Las mujeres siguen encargándose de casi todos los trabajos de cuidado, del hogar, de los hijos. Falta que los hombres compartan las tareas del espacio doméstico. ¿Quién concilia hoy la vida familiar y laboral? Las mujeres. Los hombres también tienen que conciliar. Hubo un avance y también una contrareacción, he ahí la vio-



lenciade género , que yo prefiero denominarviolencia contra las mujeresporque es más claro y también más duro. La situación que describe también es dura.

—La Ley de Dependencia se desmantela y según el Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU, recientemente presentado, las mujeres en el mundo ganan el 24 por ciento menos que los hombres aunque aportan el 52 por ciento del trabajo.

—Esto tampoco se corresponde con el paso adelante que hemos dado las mujeres en la educación, en donde obtenemos las mejores cualificaciones. Las políticas neoliberales no ayudan a mejorar la situación de las mujeres. Las mujeres tienen los trabajos peor pagados. La Ley de Dependencia me parecía poco, pero era un paso, y la desmantelan. Donde primero se recorta es en aquello que afecta a la igualdad. Las mujeres son las primeras que se quedan sin trabajo. Por otro lado, si hay trabajo parcial y precario, es para las mujeres. Esto hay que eliminarlo. Los países de nuestro entorno



llegaron al Estado del Bienestar antes que España e iniciaron políticas de igualdad en los años sesenta y setenta, sobre todo en Escandinavia. Pero ahora Europa se halla en

retroceso y no hay un país en donde no haya violencia de género.

—Más de 50 mujeres asesinadas por sus parejas en 2015 en España. ¿Qué estamos haciendo mal?

—La Ley de Violencia de Género y la Ley de Igualdad son integrales y buenas. Tenemos ese marco pero si no se dota de presupuesto, no lograremos el resultado adecuado. Estaba previsto que así fuera pero, por ejemplo, no se ha hecho nada vinculante con los planes de estudio. He sido orientadora escolar y he visto que hay una vuelta hacia actitudes machistas en los colegios, actitudes que yo pensé que habían sido superadas.

—¿Por ejemplo?

—Un tercio de los adolescentes encuestados por mí decía que una infidelidad había que castigarla.

—¿Que decían si el infiel era él?

—Que eso no se castiga porque ellos son así. Este argumento de la naturaleza es muy peligroso. Tras la frase, “los hombres son así”, se esconde la idea falsa de que esa tendencia masculina es algo que no se puede cambiar. Y se puede cambiar. Un niño de tres años no es sexista. La cultura y la instrucción lo hacen sexista. Si en la escuela se realiza una educación en igualdad, con un sistema educativo que incluya la igualdad en sus planes de estudio, como incluye las matemáticas, la lengua y otras asignaturas, podremos mejorar esta situación. ●

Películas y libros para visualizar el problema

¿Todos deberíamos ser feministas, como dice la escritora Chimamanda Ngozi Adichie?, le pregunta la periodista. “Rotundamente sí”, responde Eva Palomo y añade: “Muchas personas lo son y no lo saben. O no quieren serlo porque la palabra feminista ha sido cubierta de connotaciones negativas. En una ocasión, como orientadora escolar, hice un test sobre feminismo a mis alumnos y tres cuartas de los mismos eran feministas. Se lo dije y decían: “No, no, yo no soy feminista”. Y lo eran. El discurso de Sylvia Pankhurst sigue vivo”. En 1918, Sylvia Pankhurst y sus compañeras sufragistas consiguieron el voto para las mujeres mayores de 30 años,

que acreditaran tener ingresos para pagar el alquiler o para comprar una casa. Diez años después, en 1928, consiguieron el voto universal para mujeres mayores de 21 años. “Las consecuencias de aquella lucha han llegado hasta las mujeres saudíes, quienes acaban de votar por primera vez, y tienen que llegar a muchas más”, nos recuerda Eva Palomo, quien llama la atención sobre el uso de la prostitución por parte de seis millones de españoles. “La prostitución es la forma de explotación más antigua. La guerra y la esclavitud también son antiguas y no nos parecen bien. La legalización de la prostitución no favorece la igualdad y contribuye a que la prostitución

se normalice. Cuando eso ocurre, los hombres sienten la prostitución como un derecho, el de tener un cuerpo pagando. No somos mercancía. No todo vale. Tenemos el modelo prohibicionista, el legalista y el abolicionista. Este último va contra la idea de que los hombres sean compradores de mujeres y se ha ensayado en Suecia. No es perfecto pero Suecia no es un país de destino de la trata de mujeres. España, sí. Uno de los primeros. El mayor prostíbulo de Europa se halla en la Junquera, en Gerona”, denuncia, quien celebra el estreno de la película *Sufragistas*. “Es importante visualizar los problemas de las mujeres”, reflexiona.